

La financiación del poder absoluto.

Miguel Alfonso Martínez-Echevarría y Ortega

Universidad de Navarra

Pamplona

2008

El cambio de las condiciones sociales.

La mejora de las condiciones de vida.

A lo largo de toda la baja edad media se había ido afianzando un notable incremento de la artesanía, de la navegación, y del comercio. Durante ese tiempo no habían cesado de aparecer nuevos artefactos, instrumentos y herramientas, así como nuevos modos de llevar adelante los procesos de producción, y lo que ahora llamaríamos procesos de administración, u organización social. Destacaban sobre todo los nuevos instrumentos y técnicas de navegación, de empleo de la fuerza del viento, o de las corrientes de los ríos, las nuevas técnicas agrícolas y ganaderas, el modo artesanal de impresión de libros, así como nuevas armas de guerra, y más eficaces tácticas militares.

Algo que había tenido mucho que ver con la creciente difusión de la vida ciudadana, que había creado las condiciones propicias para la aparición de esas novedades. De modo especial habían contribuido a ese desarrollo las ciudades más avanzadas en el modo de vivir la secularidad, como por ejemplo Venecia, cuyo puerto era destino y origen de un comercio estable y bien administrado. En el seno de esas ciudades, la mayor densidad de población, y de relaciones mutuas, habían incrementado los intercambios, no solo de mercado, sino sobre todo culturales, de ejemplos de vida, distintos modos de pensar y trabajar, que constituían alicientes para la superación humana de todos. En las ciudades se daba la aparente paradoja de que la mayor dependencia y complementariedad facilitaba la aparición de una mayor singularidad personal, que es la fuente de la riqueza cultural, y en consecuencia de la material. En su seno crecen juntas la unidad con la diversidad, se abren nuevas posibilidades, es más fácil vivir el respeto a la común dignidad de todos.

Este modo ciudadano de vivir, abierto a todos, apreciaba del mismo modo el modesto trabajo artesanal como el del sabio erudito. El espíritu de secularidad reconocía que un molinero, el patrón de un barco, o un cartógrafo, podían perfeccionarse como personas, al tiempo que mejoraban su competencia en el desempeño de la tarea que les era propia. El trabajo de todos era la aportación a la mejora de vida, en todos sus aspectos, de los que consideraban sus conciudadanos, y amigos.

En el cultivo de ese ambiente cívico, en la práctica en común de las virtudes cívicas, se fortalecía el deseo del servicio mutuo, se humanizaban los procesos de producción, y se hacía posible una vida mejor para todos. Un modo de vivir influido por una visión positiva de la bondad de la naturaleza y de los hombres, reforzada por el optimismo del don divino del perdón, y la donación del mismo Cristo a todos los hombres. De ahí surgía una filosofía política que promovía la igual dignidad de las personas, el fomento del servicio mutuo en el desempeño de las propias tareas ciudadanas, el valor cívico del trabajo, y el impulso a esa forma de pobreza voluntaria que consiste en invertir lo propio para el florecimiento de todos.

De todas maneras, la mayoría de la población europea no tenía acceso a este incipiente humanismo cívico, seguían viviendo en pequeñas comunidades rurales, relativamente aisladas, organizadas de modo tradicional, con estructuras fuertemente estamentales y jerarquizadas, donde predominaban los prejuicios culturales del mundo antiguo. Pero siempre, según los casos, más o menos cristianizados. En la mayoría de esas comunidades, a duras penas podían orientarse a otra cosa que asegurar la propia subsistencia. En su seno predominaba el miedo ancestral a los caprichos de la Fortuna, y como defensa se aferraban a sus costumbres y tradiciones, las que hasta entonces, mal que bien, les habían permitido subsistir. Desde tiempos inmemoriales se habían gobernado por el principio de economía natural, sometidos a sus ritmos y cadencias, del tiempo de la siembra se pasaba al de la recolección, del tiempo de la caza al de la pesca, etc. Todo ello de acuerdo a viejos ritos y costumbres, de algún modo cristianizadas, que daban sentido a esas actividades, y las abrían a la revelación y la gracia. Un mundo indudablemente cristiano, pero culturalmente antiguo. En su seno las necesidades materiales eran de subsistencia, y se establecían en común, según costumbres inmemoriales. Su economía estaba regulada por estatutos y reglamentos, que todos conocían y entendían, y por oficios y técnicas que se transmitían de padres a hijos.

Esas comunidades pequeñas y aisladas, eran muy sensibles a cualquier alteración del ritmo natural, que podía crear graves dificultades. Todos temían la sequía, las inundaciones, las plagas, etc., realidades inesperadas e inevitables, cuyos efectos eran bien comprensibles para todos, y que aceptaban enfrentar con la ayuda mutua. En su seno había gran densidad de intercambios y prestaciones, muchas de ellas desinteresadas, realizadas según costumbres inmemoriales. Tenía por tanto una gran estabilidad institucional, que se traducía en unos precios que se mantenían casi idénticos, razón por la que sólo excepcionalmente se hacía uso de la moneda.

Los bienes considerados de primera necesidad, como el trigo, la harina, y por supuesto el pan, no se consideraban mercancías, sino el sustento de la comunidad. Ni siquiera se consideraban objetos de estricta posesión privada. Agricultores, molineros, o panaderos, aunque se sabían legítimos propietarios, entendían sus tareas como un servicio directo a la comunidad, bajo la supervisión de unas autoridades políticas, garantes del bien común, de las que ellos mismos participaban. A nadie se le ocurría argumentar en estos asuntos en nombre de intereses privados, ni mucho menos invocar posibilidades de ganancias monetarias individuales. Simplemente no se habría entendido.

Pues bien, en un periodo de tiempo relativamente corto, entre el siglo XVI y el XVIII, ese marco tradicional sería objeto de cambios muy importantes, sobre todo en el modo de entender

los fundamentos del orden social. Esos cambios serían provocados por multitud de razones, pero desde el punto de vista de la filosofía de la economía, que es el que ahora nos interesa, destacaremos uno que tendría una notable influencia en todos esos cambios, las necesidades inagotables de financiación del poder absoluto de los nuevos soberanos.

Las finanzas del Estado moderno.

Moneda y poder absoluto.

Desaparecido el imperio romano, su organización se había desintegrado una multitud de pequeñas comunidades aisladas, en las que se mantenía una cierta forma de monarquía, apoyada en factores míticos o religiosos, más o menos cristianizados. La insistencia de la predicación de la Iglesia a favor de la dignidad de la persona humana, de la igualdad ante Dios de siervos y vasallos, y el inevitable juicio de Dios después de la muerte, a duras penas lograba poner límites a un tipo de poder que por tener fundamento religioso tendía a lo totalitario. En cualquier caso, y en medio de continuas luchas y destrucciones que atraviesan toda la alta edad media europea, la defensa de la secularidad impidió la implantación de un sistema de gobierno abiertamente despótico, como ocurrió en la mayoría de los pueblos de Asia. Europa estaba constituida por multitud de pequeñas comunidades que de algún modo se autogobernaban, y se sentían unidas y moderadas por la profesión de una misma fe, y por la pertenencia a la misma Iglesia.

Unas pequeñas comunidades continuamente amenazadas por invasiones de los pueblos bárbaros del Norte, del Este, u del Sur, que buscaban establecer pactos y acuerdos de vasallaje, que darían lugar a la constitución de parlamentos, donde príncipes y señores debatían y armonizaban derechos y libertades de sus súbditos. Los cuales en su mayoría permanecían al margen de este tipo de asuntos políticos, que dejaban en manos de su príncipe o señor, pero si intervenían en los asuntos diarios de la propia comunidad, donde se debatían los problemas que les afectaban directamente.

La progresiva institucionalización de la Iglesia, que en parte por razones de humanidad había tenido que hacerse cargo de la herencia de la administración del imperio, facilitaría la difusión de los principios del derecho canónico, la implantación de la organización eclesíástica, diócesis, parroquias, monasterios, etc., que de algún modo, a pesar de los abusos que se pudieron dar en algún caso, ayudaron a instaurar un marco cultural y jurídico de respeto a las personas, fundado en la igualdad de todos ante Dios, y la Iglesia. Ciertamente que esto facilitaba lamentables confusiones entre la autoridad de la Iglesia y el poder político, cosa que por otro lado a nadie llamaba la atención, ya que predominaba la vieja mentalidad totalitaria de origen pagano. No causaba repugnancia que en no pocos casos una misma persona fuese obispo y señor de un territorio. Cosa que conviene esforzarse por entender, no se debe juzgar el pasado desde el presente, como si este fuera un criterio objetivo y definitivo.

Los principios del derecho canónico sostenían, por ejemplo, que no se debía admitir tributación sin representación, y que había que dar participación a todos en los problemas que afectaban a todos. De modo que reforzaba la secularidad, y defendía el mantenimiento de antiguos fueros, y legítimas costumbres locales que se oponían a la visión espacial y abstracta

del nuevo poder absoluto y centralizado, y fomentaban la libertad de participación en la cosa pública.

A partir del siglo XVI la confluencia de la teología reformada con la filosofía epistemológica dio lugar al desprecio de lo humano, a la negación de la secularidad, y a la defensa de lo que ha sido llamado el “estado de naturaleza”, donde los individuos sin la orientación natural del bien y la verdad, dejados en manos de su debilidad ontológica y moral, incurrieron en un caos y desorden que hacía necesario el poder absoluto del soberano, como un modo de establecer algún tipo de disciplina y orden social.

Se iniciaba así la progresiva imposición de un tipo de poder negativo, destinado a la represión del mal de los hombres, consecuencia del pecado original. Este poder externo y violento, sólo podía ser eficaz si adoptaba una postura “panoptica”, de vigilancia y control permanente de todos los súbditos, que para que se portasen de modo adecuado debían sentir sobre ellos el ojo amenazante del poder absoluto del soberano.

Esto daría lugar a la aparición un tipo de poder puntual y centralizado, por encima de la moral, y de la fe, cuya función sería reprimir y hacer la guerra, responder a la violencia con otra mayor y más terrible, empleando castigos ejemplares, único modo de imponer una disciplina temible. Para muchos eclesiásticos y príncipes, reformados o no, el poder político debía actuar como policía, encargado de restablecer un orden externo, que reprimía el pecado, y obligaba al acatamiento externo de un orden que juzgaban cristiano. Se puede decir que los soberanos eran individuos que configuraban un “estado de naturaleza”, con el terrible agravante, de que se trataba, como diría Hobbes, de bestias terribles, destinadas a la guerra incesante entre ellas.

Por desgracia, el nuevo poder absoluto, impulsado por los reformadores en el plano teológico, y apoyado con entusiasmo en el plano de los hechos, por los soberanos de toda creencia, tuvo un “éxito” inmediato al acabar con las guerras de religión, que tanto sufrimiento traerían a la Europa del XVI y el XVII. El soberano, creyente en el plano de su conciencia, debía gobernarse por la “razón de estado”, es decir por su propio interés, como cualquier otro individuo moderno. Criterio que aplicaban tanto los príncipes reformados como los que se proclamaban fieles a Roma, desde Enrique VIII de Inglaterra, hasta Felipe II de España, que en nombre de la “santa religión” no cejaban en afianzar sus poderes por medio de la guerra.

Un poder absoluto, por ser puntual y centralizado, tenía que manifestarse de modo espacial e instantáneo, requería de la imposición de una *mathesis*, una rejilla de control, diseñada por una mente arquitectónica, que hiciese sentir su influencia en todo el territorio sometido. Algo que se parecía mucho a como la araña, a través de su tela, hace presente su poder en todo su extensión. El desarrollo de esta *mathesis* de poder se vería facilitado por el desarrollo de la nueva ciencia epistemológica, que abiertamente se ponía a su servicio. Le proporcionaba, por ejemplo, una artillería cada vez más eficaz, una estrategia militar cada vez más sólida y competente, mejores caminos, canales, puentes, correos, postas, etc. Toda una red de comunicaciones, desarrollada e impulsada para hacer sentir a todos que nadie se podía permitir desafiar al nuevo poder. Lo cual, como es lógico, contribuiría por otro lado a aumentar la seguridad en los campos, someter a muchos señores de horca y cuchillo, hacer más seguros los caminos, e indirectamente, romper el aislamiento secular de multitud de pequeñas comunidades.

Los nuevos Estados, fundados sobre la violencia, tuvieron que dotarse de aparatos de poder, de un ejército, y de una administración de justicia, y de recaudación de impuestos. Esto plantearía un grave e importante problema de financiación, que tendría consecuencias imprevisibles en la organización tradicional de la estructura de cohesión social de esos nuevos reinos.

Un ejército y una administración no son por principio organizaciones productoras de riqueza, sino más bien lo contrario, son destructoras de riqueza, necesitan ser financiadas, sostenerse a partir de una riqueza que procede de fuera, que ellas no generan. Es muy significativo que la palabra financiar tenga su origen en la idea de la captura de una riqueza, de la que el Estado carece, y necesita de modo imprescindible para ejercer su poder. Una operación que requiere del uso de la moneda, y del crédito, de un tipo de riqueza abstracta y desvinculada, que puede situarse de modo instantáneo donde haga falta, que pueda acompañar al ejército a donde este vaya.

Esto explica que pronto todos los nuevos soberanos viesan en los grandes comerciantes y banqueros, que necesitaban mover grandes sumas de moneda y crédito, sus aliados naturales. Desde el principio se preocuparían de fomentar el comercio internacional, que consideraban una poderosa fuente de financiación. Por otro lado, los comerciantes y banqueros vieron la conveniencia de colaborar con esa financiación. Se daban cuenta de las ventajas que les reportaba contar con el respaldo de un ejército poderoso, que asegurase las comunicaciones, y obligase a respetar las leyes y los acuerdos comerciales. Pronto se establecería una simbiosis entre las nuevas cortes, centros espaciales del poder absoluto de los soberanos, y los grandes núcleos urbanos, sedes de la artesanía, el comercio, y por supuesto de la gran banca.

De acuerdo a un prejuicio tradicional muy arraigado, el comercio siempre había sido considerado algo útil, pero peligroso, sobre todo si se llevaba a cabo mediante el uso de la moneda. Por tratarse de una actividad sin límite, la búsqueda de la ganancia monetaria, esencia del comercio, se consideraba una actividad torpe, carente de posibilidad de perfección en sí misma. Por ese motivo, desde muy antiguo, se había establecido la distinción entre dos tipos de comercio. El comercio interior, que se consideraba útil, se llevaba a cabo en el seno de las pequeñas comunidades, casi sin uso de la moneda, y regulado por la costumbre y la ley. En su seno se prohibía, en la medida de lo posible, la práctica de la usura. El comercio internacional, basado en el uso de la moneda, oro y plata, se consideraba un arma de doble filo, una aventura donde de modo imprevisible, tanto se podía ganar mucho dinero, como perderlo, por lo que debía emplearse solo con los extraños, una especie de alternativa a la guerra, donde también se podía perder o ganar. Su finalidad era por tanto declaradamente amoral, orientado al logro astuto de un botín, más allá de la justicia, y fuera de los muros de la propia ciudad. No estaba reñido con recurrir a prácticas usurarias, o cerrar los mares a la navegación de buques con pabellón extranjero, o cualquier medida que asegurara la propia ventaja. Había por tanto un comercio útil para la ciudad, y otro que de ningún modo se debía emplear en el seno de la misma ciudad, se le consideraba disolvente y destructivo de toda convivencia pacífica, fomentaba la corrupción y la excesiva desigualdad de riqueza.

No obstante, y sin mucho fundamento, los nuevos soberanos modernos pensaban que sería posible mantener separados ambos tipos de comercio, como si se trataran de realidades distintas. Trataron de mantener controlado el comercio doméstico, restringiendo la usura y el uso de la moneda, y manteniendo cerradas las pequeñas comunidades, de modo que se pudieran seguir rigiendo por los principios tradicionales de la economía natural de subsistencia. Un comercio considerado estéril, es decir, sin ganancia monetaria, que se limitaba a distribuir la riqueza real, la que surgía en el seno de una pequeña comunidad. Al mismo tiempo, impulsados por la necesidad de financiarse se preocuparon de dar un fuerte impulso al comercio internacional, fomentado el crédito, y poniendo en circulación gran cantidad de moneda, de oro y plata. No tardarían mucho en darse cuenta de lo equivocados que estaban. Ambos tipos de comercio pronto se mezclarían. Una inadvertencia que se pagaría muy cara, sobre todo por parte de los más pobres.

Los antiguos ya habían advertido del peligro de una simbiosis permanente entre poder y moneda, y habían advertido de los peligros de fomentar el comercio internacional, pues sabían tendría efectos negativos para la salud moral de la república. Generaría corrupción, desarrollaría intereses particulares por encima de los comunes, y facilitaría la imposición de un poder despótico, el dominio de una plutocracia. Peligros que pronto se harían patente en la época moderna, cuando los nuevos soberanos, cada vez más necesitados de las ganancias monetarias de los grandes comerciantes y banqueros, empezaron a favorecer a los que se mostraban dispuestos a colaborar con la financiación del Estado, y a castigar con todo tipo de trabas, a todos aquellos que no se mostraban dispuestos a colaborar con las incesantes apetencias monetarias del poder. No tenían reparos en otorgar privilegios a los primeros, en forma de estancos y monopolios comerciales, y poner todo tipo de trabas y prohibiciones a los proyectos comerciales de los segundos. Al mismo tiempo, los grandes banqueros que se avenían a colaborar, concientes de la urgencia de sus soberanos por disponer de crédito, prestaban a un tipo de retribución en muchos casos excesivo. Lo cual, si bien por un lado tenía el efecto positivo de moderar la insensatez de proyectos guerreros demasiado ambiciosos e imprudentes, tenía el inconveniente de generar una fuerte presión impositiva, que dificultaba la buena marcha del comercio, y sobre todo de la agricultura, que desde muy antiguo se consideraba la fuente última de toda recaudación impositiva. Bajo la patriótica disculpa de aumentar la riqueza y el poder de la nación, había empezado a surgir una caterva de personajes aduladores que se congregaban en las cortes, e impulsaban a los reyes a iniciar aventuras, en donde apenas se ocultaban intereses particulares, no siempre confesables. Las cortes de los nuevos soberanos se vieron invadidas por una nube de supuestos consejeros desinteresados, auténticos aventureros, que bajo la apariencia de lealtad y patriotismo, perseguían intereses propios, o de sus ocultos patrocinadores.

La cada vez más inevitable simbiosis entre poder y moneda, daría lugar a la aparición de un nuevo tipo de aristocracia, de origen comercial, basada en la riqueza monetaria, que poco a poco desplazaría a la vieja aristocracia, de origen rural, basada en la riqueza natural, que casi no usaba de la moneda, y era muy celosa de sus privilegios y antiguas libertades. Por contraste, la nueva aristocracia comercial o burguesa, ligada a los intereses monetarios, y por tanto urbana y cortesana, carecía de la independencia económica necesaria para frenar y moderar el poder del soberano. Estaba más atenta a las oportunidades de negocio que se generaban en los alrededores

del poder, que del desarrollo de las virtudes cívicas. Más preocupadas de sus intereses particulares que por defender las viejas leyes y libertades de las comunidades locales.

Por razones obvias, a los reyes les interesaba que la nueva aristocracia del dinero se incorporase a los parlamentos, no les importaba, sino todo lo contrario, que esas cámaras acabaran por convertirse en mercenarias, donde solo se representasen intereses privados, ligados al propio poder del soberano, en lugar de representar a las antiguas leyes y libertades, que habían sido su origen, y principal motivo de existencia. Por otro lado, un ejército permanente y profesional es por definición mercenario, muy distintos de las tropas de los señores, que se movían por lealtad personal, en defensa de las libertades y las viejas leyes. Los nuevos ejércitos se movían por una curiosa mezcla de intereses comerciales y políticos, ya que su retribución dependía del éxito en el logro de esos motivos.

Se desarrollaría así un contraste cada vez mayor entre dos modos de vivir y pensar. De un lado la antigua aristocracia terrateniente, con su estilo de vida rural, sobrio y austero, y en algunos casos pobre, ligada al cultivo de la tierra, y a la defensa de las viejas virtudes y libertades locales. Por otro lado, la nueva aristocracia monetaria, con su estilo de vida urbana y burguesa, lujosa y refinada, partidaria de la nueva visión geométrica o espacial de la sociedad y el mundo. Los primeros, descendientes de señores guerreros rurales, tenían como ideal una vida de ocio, dedicada a la guerra y la caza, donde adquirirían las virtudes necesarias para una vida libre y autónoma. Sus formas eran rudas y poco refinadas. Los segundos, se guiaban por los ideales burgueses de sociabilidad comercial, de vida en paz, bienestar, y progreso. Sus formas eran refinadas, y se preocupaban de desarrollar sus capacidades en el trabajo de la vida diaria, lo que les aseguraría el éxito monetario de sus negocios.

La mentalidad de la aristocracia tradicional, fundada en la firme convicción heredada desde la más remota antigüedad de que la propiedad de la tierra era la única real, la permanente e invariable, la que hundía sus raíces en lo religioso, despreciaba y consideraba falsa la propiedad basada en el crédito y la moneda, algo ligado a la fantasía y a la imaginación, sometida a la inconstancia de la opinión y de las pasiones humanas. Entendía que lo importante era la cohesión orgánica y jerárquica de las pequeñas comunidades rurales, la vida orientada a la subsistencia, y la aversión a todo lo que fuese novedad. Una visión conservadora, donde la comunidad era poco más que una extensión de la propia familia o dinastía. Compartían, de modo más o menos cristianizado, el ideal pagano de no tentar a la Fortuna, y propendían a vivir una vida sobria y relativamente corta. Muchos entendían que ese modo de vida era el más propio y conveniente a la cultura cristiana, tal como lo entendían dentro de este modo de supervivencia del mundo antiguo.

Por el contrario, la mentalidad de la nueva aristocracia monetaria y comercial era decididamente partidaria del crédito y de la riqueza monetaria. Sostenían que en interés del rey y de la propia nación debía fomentarse el comercio, y el uso de la moneda. Se mostraban partidarios de un nuevo sentido de la libertad distinto al de los antiguos señores. Propugnaban un nuevo tipo de libertad no moral, orientada al fomento del enriquecimiento individual, que exigía suprimir todo tipo de trabas al ejercicio del comercio, la artesanía, y la navegación. No obstante, la situación era más compleja que todo esto, ya que ellos mismos, a pesar de todo, no dejaban de compartir el desprecio tradicional y generalizado hacia el comercio. Seguían

teniendo graves escrúpulos de conciencia sobre sus modos de actuación. Por otro lado, su propia experiencia les hacía ver que el desarrollo del comercio requería de virtudes cívicas, como la honradez, el respeto a la palabra dada, y la confianza mutua. No sabían como dar unida y sentido a aspectos aparentemente tan opuestos.

Todos seguían viendo el comercio como un arma de doble filo, por un lado mejoraba el bienestar de todos, pero al mismo tiempo generaba lujo, pasiones, guerra, crédito, y deuda. Facilitaba tanto la amistad y el intercambio, como el conflicto y la pugna. Al usar la moneda y el crédito, que todos consideraban basada en la ficción y la fantasía, el engaño y la falsedad, se consideraban culpables, pero se disculpaban pensando que era inevitable para el bien del soberano, y de su propia nación. La mayoría seguía pensando que la virtud sólo podía residir en una vida frugal y sobria, en la negación del lujo, y en la sospecha hacia la satisfacción de la abundancia. Por eso, sobre todo entre los comerciantes calvinistas, se animaba a vivir sobriamente, es decir, acumular dinero para invertir, sin disfrutarlo. En cualquier caso, y a pesar de todo, la moneda y el comercio, como había dicho Locke, permitía pasar de la economía de subsistencia, basada en el aislamiento, a una economía de lujo o abundancia basada en la relación y la dependencia mutua.

Era evidente la confusión acerca de todo lo relacionado con el uso de la moneda, la licitud del crédito, y la propia dedicación al comercio. Para muchos la ganancia monetaria de los comerciantes no dejaba de ser algo torpe, por si mismo privado, desconectado de lo público o común. Su justificación pública sólo podía provenir de modo indirecto, por ser un modo de financiar al soberano, cuya finalidad era la paz y el bienestar colectivo. Dicho de otro modo, el procedimiento incivil de obtener las ganancias de los comerciantes, quedaba justificado por colaboración con la supuesta tarea “común” del soberano. Se ponían así las bases de la idea, que acabaría muy difundida, según la cual cada uno podría dedicarse a perseguir su propio interés, ya que era al poder del soberano al que le correspondía la tarea ética, aunque meramente negativa, de reprimir las consecuencias de ese modo perverso de proceder.

Los comerciantes mediante el empleo de la moneda y el crédito eran los creadores de la riqueza, al tiempo que proporcionaban la base y fundamento para la financiación del poder del soberano. Se producía así una especie de división de tareas. Los señores, a cambio de enriquecerse privadamente, renunciaban a la política, que dejaban en manos del soberano, que se encargaría de mantener el orden, y garantizar a cada uno la posesión de las riquezas así conseguidas.

El fomento del comercio internacional, considerado incivil, llevado a cabo por razón de Estado, donde se combinaba la guerra inmoral, con los intereses de los comerciantes que las financiaban, era algo que en el fondo a todos repugnaba, y que llevaría a una reacción por una parte no pequeña de la burguesía. Lo deseable, pensaban, sería lograr una paz donde predominase el comercio civil, que se acabara la deuda pública, y de ese modo de pusiera fin a la consiguiente corrupción del poder político.

Los desajustes de la economía natural.

El dilema de los nuevos soberanos.

Los soberanos que disponían de minas de oro y plata en sus dominios, como era el caso de los monarcas de Castilla, tenían relativamente fácil lograr su financiación, ya que podían solicitar crédito a los banqueros, con la garantía de la producción de esas minas. De ese modo fueron poniendo en circulación cantidades cada vez mayores de oro y plata, sin percatarse de que de ese modo hundían el valor de la moneda, disparaban al alza los precios internos, y perturbaban de una manera muy complicada e irreversible el delicado entramado productivo de las pequeñas economías de subsistencia, que constituían la mayoría de la economía doméstica, base de la riqueza y estabilidad social de sus respectivas naciones.

En forma de oleadas, primero en España, y luego en el resto de Europa, la llegada del oro y la plata de las minas americanas produjo el sorprendente e inesperado resultado de un alza general y persistente de los precios, provocando sorprendentes desajustes en la producción y en el comercio interior de cada uno de los países, pero también en el comercio internacional, ya que daba lugar a continuos cambios en la paridad de las respectivas monedas de los distintos países. Las gentes comprobaban con asombro que a pesar de disponer de mayor cantidad de monedas, o no había mercancías que comprar, o se ofrecían a precios excesivos. La marcha de la economía empezó a presentar movimientos oscilatorios imprevisibles, a periodos de abundancia seguían otros de escasez. A fuertes demandas de trabajo, seguían periodos de desempleo. A enriquecimientos rápidos, seguían ruinas igualmente súbitas.

Las gentes que recibían como pago las nuevas monedas puestas en circulación, principalmente soldados y abastecedores del ejército, se disponían lógicamente a emplearlo, y los que las recibían en pago, en último término agricultores y ganaderos, descubrían asombrados que se les abrían posibilidades que hasta entonces ni tan siquiera se les había pasado por la imaginación. No destinaban ese dinero a la compra de mayor cantidad de bienes de subsistencia, que estaban fuera del mercado, y que de algún modo tenían asegurados, sino a otro tipo de mercancías, que hasta entonces les habían estado vedadas, y se consideraban de lujo o superfluas. Como resultado de la puesta en circulación de una gran masa monetaria se provocaría la rápida aparición de un comercio interno basado en la búsqueda de la ganancia monetaria, primero de objetos artesanales, y luego se iría extendiendo a todo tipo de mercancías, incluidas las de subsistencia como el grano, la harina, y el pan, que hasta entonces se habían mantenido fuera del comercio monetario.

Sin pretenderlo, y contra sus previsiones, la necesidad incesante de financiación, acabaría llevando a los nuevos soberanos a enfrentarse con una situación social que ni siquiera podían sospechar. Una vez iniciado el fin del secular aislamiento de las pequeñas economías comunales, soporte de la estructura social de sus reinos, se empezarían a manifestar cambios súbitos en todos los precios, y racionamientos en el suministro de bienes de subsistencia, como el grano o el pan. Algo que resultaba sorprendente, pues todos estaban acostumbrados a que esos precios, desde tiempos inmemoriales, se hubiesen mantenido casi inalterables, y el suministro se daba por asegurado, siempre que no fuese a causas de algún desastre natural. Eran los primeros síntomas de los cambios que, poco a poco, se empezaban a introducir en una estructura social productiva que hasta entonces todos habían pensado inalterable.

Hasta entonces los precios de los bienes de subsistencia se habían formado con arreglo a criterios institucionales, propios de las comunidades locales, que no hacían uso de la moneda. Los cambios en los precios sólo podían ser debidos a la sequía, las plagas, etc., algo comprensible para todos. Pero los nuevos cambios en los precios venían provocados por causas que desconocían, y les llenaban de perplejidad. Junto a una mayor abundancia de monedas en manos de todos, era mayor la escasez y el hambre de los más pobres, y todavía mayor la riqueza de los ricos. Era evidente que se estaba produciendo una nueva distribución de riqueza, según unas reglas y principios, que les resultaba a todos muy difícil de entender.

Para otros soberanos, como los de Inglaterra, que no disponían de minas de oro o plata en sus territorios, el mejor modo de hacer frente a sus necesidades financieras fue impulsar el comercio internacional, tanto de modo directo como indirecto. El objetivo era lograr un saldo monetario con el que pagar la deuda pública continua en la que se veían obligados a incurrir para mantener sus ejércitos y flotas de guerra. En estos casos, más que nunca, se entendía el comercio internacional como una especie de guerra no cruenta, cuyo objetivo era lograr un excedente monetario, vendiendo mercancías a los extranjeros, a cambio de oro y plata. En ningún caso, a la inversa, ya que eso provocaría la salida de oro y plata. Con ese fin los soberanos llegaron a establecer medidas de todo tipo, tanto destinadas a fomentar la producción artesanal, como para evitar la importación de ese tipo de mercancías. Así como para impedir la salida del oro, ya fuese mediante el establecimiento de aranceles a los productos extranjeros, o impidiendo la venta de las manufacturas domésticas en el seno del propio país. Lo que en ningún caso podían esperar era que, como consecuencia de esa política, de mayor abundancia de moneda en relación a las mercancías, empezase a bajar el valor de la moneda propia, y a subir los precios domésticos. Algo que se volvía en contra de sus objetivos de aumentar las ventas al extranjero. Pero lo peor de todo era, que sin relacionarlo con sus problemas de financiación, se empezaba a degradar de manera cada vez más alarmante el tejido económico y social de las comunidades tradicionales, la base del sustento de la nación.

Desconcertados ante la novedad y complejidad de estos insólitos problemas económicos y sociales, cuya naturaleza les era totalmente desconocida, los soberanos no sabían como reaccionar. No les quedaba más remedio que seguir impulsando la circulación monetaria, ya fuese acuñando el oro y la plata de las minas propias, o fomentando el comercio internacional de todo tipo de manufacturas. Pero tampoco podían asistir impasibles al espectáculo de ver como poco a poco se empezaba a desgarrar el tejido económico social que desde antiguo había dado unidad y sustentos a sus propios reinos. Dos problemas que consideraban una coincidencia fatal, pero que no eran capaces de relacionar.

Esto justifica que llevaran a cabo políticas contradictorias. Por un lado, no cesaban de fomentar el uso de la moneda, del comercio, y de la artesanía, al mismo tiempo que, por otro lado ponían todo el empeño para que, de modo coactivo, se cumplieran los viejos estatutos y reglamentos en los que desde tiempos inmemoriales se fundaba la economía de las pequeñas comunidades.

No daban cuenta de que un poder absoluto, que por definición carece de límites, empujaba a un tipo de financiación incesante, basado en algo tan aparentemente flexible como

el préstamo, y la moneda, representativo de la riqueza real, que por eso mismo puede actuar como una peligrosa arma de doble filo. Algo que pronto experimentarían de modo directo, cuando un soberano tan poderoso como Felipe II de Castilla, se vio enfrentado a graves y repetidas situaciones de insolvencia. Parecía como si la expansión del uso de la moneda, y del comercio internacional, se fuese constituyendo como un nuevo e impersonal sistema de poder autónomo, controlado por los grandes banqueros, que no cesaba de crecer, y rivalizaba cada vez más con el poder de los soberanos. En no pocas situaciones fue el arbitrio de la usura de comerciantes y banqueros, quienes por encima de los intereses de los soberanos, fijaban el valor de la moneda, en función de sus propios intereses.

El “problema de los pobres”.

Poco a poco, el motivo del logro de ganancia monetaria, que inicialmente sólo había impulsado a soberanos, comerciantes y banqueros, se fue extendiendo a todos y cada uno de sus súbditos, también en el seno de los mercados domésticos. Esto desencadenaría una fuerte crisis en los esquemas tradicionales de integración social, una de cuyas principales manifestaciones sería el llamado “problema de los pobres”, que tendría graves consecuencias en los principales países de Europa.

Para explicar en que consistía este problema, lo mejor es recurrir a un ejemplo concreto. Tanto en Castilla, como en Inglaterra, como consecuencia del fuerte impulso a la producción de paños de lana, destinados casi en su totalidad a un comercio internacional en expansión, se produjo una fuerte alza del precio de la lana. Ante esta oportunidad de ganancia, la mayoría de los propietarios de rebaños de ovejas, decidieron incrementarlos, para lo cual era necesario ampliar las tierras destinadas al pasto de los nuevos y más grandes rebaños de ovejas.

Hasta entonces, en las tradicionales economías rurales, organizadas por principios muy alejados de la búsqueda de la ganancia monetaria, nadie se había planteado aumentar el nivel de producción más allá del nivel de consumo tradicional de cada comunidad, algo fijo y bien establecido, según normas consuetudinarias. Esa ausencia de búsqueda de la productividad, como se diría en términos modernos, era una elección moral, suponía dar preferencia a un estilo de vida de sobria serenidad, donde se incluía un modo de ayudar a los más pobres. Los señores, sin perder la titularidad de sus tierras, mantenían una parte de ellas en régimen abierto o comunal. De tal modo que sus súbditos más pobres, se las arreglaban para vivir, llevando a pastar a sus ovejas, cazando, o recogiendo leña, o frutos silvestres, en esas tierras abiertas.

Cuando, siguiendo el ejemplo del nuevo soberano absoluto, se empezó a difundir entre todos sus súbditos la nueva mentalidad de búsqueda de ganancia monetaria, que por principio es individualista, no fueron pocos los señores, que contra la tradición y la costumbre, decidieron cercar sus tierras, y dedicarlas en exclusiva a la cría intensiva de sus cada vez más grandes rebaños, lo que les proporcionaba grandes ingresos monetarios. De este modo, por vía de hecho, y a través del ejemplo, se imponía la nueva amoralidad impulsada por el ejemplo del poder absoluto; el arquetipo del individuo moderno.

Este nuevo modo de comportamiento, que se iba imponiendo por imitación y en seguimiento del ejemplo del soberano, se correspondía en el plano de las ideas con el desarrollo

de los modos individualista de entender el trabajo, la propiedad, el comercio, y la moneda. Por la vía de los hechos, se producía, sino un rechazo a las formas tradicionales de vida, si, desde luego, su abierto abandono. En poco tiempo se iba a producir un cambio relativamente rápido de todo el marco social. Desde un mundo basado en las decisiones políticas de las pequeñas comunidades tradicionales, se pasaría a un nuevo mundo fundadas en decisiones individualistas de búsqueda de la ganancia monetaria, que era lo que todos veían hacer al soberano. Algo que causaría un auténtico desbarajuste, y un gran sufrimiento, sobre todos para los más pobres y desamparados.

Cuando la producción tradicional pasaba a estar orientada por el logro individual de a la ganancia monetaria, como era el caso de la lana, había que vender la máxima cantidad, con el mínimo de coste. Es decir, adoptar un tipo de producción enfocado a la eficiencia de los procesos, medida en términos de la ganancia monetaria. Había que proceder a la reducción del número de pastores, en relación al número de ovejas, y a la extensión de terreno. Proceder, a lo que en términos modernos se llamaría una drástica reducción de costes. La consecuencia inmediata de esas decisiones fue un aumentó considerable de gentes que se quedaban sin empleo, y que al mismo tiempo quedaban sin acceso a tierras abiertas o comunales, que empezaban a desaparecer a gran velocidad. El resultado sería que, en pocos años, una gran parte de la población fue emancipada política y socialmente. Se les declaraba independientes, y se les animaba a buscarse la vida por su cuenta, lo cual podría parecer positivo, pero ocultaba una grave injusticia, ya que se les privaba de unos derechos consuetudinarios, de una forma de participación en la propiedad, de la que no podían ser despojados sin ninguna compensación, y que les dejaba reducidos a la más pura e involuntaria pobreza. El crecimiento incesante del poder absoluto del Estado, que no cesaba de crecer, a través de sus inagotables necesidades de financiación, acabaría por tragarse a los más pobres, a los que se les arrancaba el poco poder que una naciente y débil secularidad les había otorgado.

Según las antiguas costumbres y estatutos de las pequeñas comunidades, el sustento de los súbditos más pobres era responsabilidad política de sus señores naturales. De pronto, por la vía de los hechos, el emergente poder absoluto de los soberanos, imponía, sin pretenderlo, que cada uno, convertido en individuo, debía bastarse a sí mismo, conseguirse su propia financiación, embarcarse en un comercio total de todos contra todos. Una nueva sociedad en la que todos tuvieran que vivir como el Estado, del logro de un excedente monetario. El resultado sería que en poco tiempo, en la mayoría de los grandes países de Europa, una creciente multitud de gentes pobres y desarraigadas, sin medio de vida de ninguna clase, vagaban de un lado para otro, dedicados a la mendicidad, y en muchos casos sumergidos en la miseria y la desesperación, o abiertamente en la delincuencia, y en todo tipo de desordenes. Unas condiciones de vida excelentemente descritas en la literatura picaresca española.

El problema de los pobres era el más poderoso de los síntomas de como las insaciables necesidades de financiación del poder absoluto de los soberanos constituía un auténtico cáncer social. Se había comenzado por fomentar el comercio internacional, por incrementar el uso de la moneda, algo que todo el mundo reconocía como apolítico, y amoral. Se reconocía abiertamente que se fundaba en la búsqueda de la ganancia individual, la del soberano, separada de la prudencia política de las comunidades que constituían sus reinos, a las que consideraban un freno que debía ser eliminado, como experimentarían los comuneros de Castilla, que pagaron

con sus vidas la defensa de sus libertades tradicionales. Lo que nunca habían sospechado es que ese ejemplo, empezara por afectar, primero a la artesanía, luego a la ganadería, y finalmente acabara por corromper la organización política tradicional de la propiedad y el trabajo. Los desesperados esfuerzos de los soberanos para impedir la disolución que ellos, sin saberlo, habían provocado, no sólo no lo impedirían, sino que sería motivo de grave sufrimiento para sus súbditos más pobres.

Por un lado, avanzaba el cerramiento de las tierras, que se realizaba en nombre de los intereses del soberano, una nueva y extraña lealtad religiosa, que ocultaba intereses menos confesables, como el deseo de la ganancia monetaria individual, que por otro lado era lo que hacían todos, desde el soberano, hasta artesanos, pasando por banqueros y comerciantes. Un movimiento que el soberano no podía dejar de ver con buenos ojos, pues de ese modo se lograba que la antigua aristocracia terrateniente alinease sus intereses con los suyos, y de ese modo todos pasasen a depender del éxito en el logro de la financiación. Se trataba de un modo indoloro de acabar con la independencia política de la que tradicionalmente habían disfrutado esos señores, y las comunidades que representaban. Sin independencia económica, se acababa la libertad secular. Pero, por otro lado, el problema de orden público, provocado por el incremento de los pobres, empezaba a amenazar la propia estabilidad de los reinos. Los ricos se hacían más ricos, y los pobres se hundían en la miseria.

Como esta situación social se hacía cada vez más arriesgada y explosiva, los soberanos decidieron intervenir. Para eso, se propusieron reconstruir las únicas fórmulas de cohesión social que conocían, las tradicionales, establecida desde tiempo inmemorial, pero sobre el nuevo principio del poder absoluto, o lo que es lo mismo, sobre la búsqueda de la ganancia monetaria por parte de todos. Con este fin promulgaron las llamadas “leyes de pobres” con las que pretendían atajar el “problema de los pobres”. Unas leyes que pasarían a ser prototipo del modo de actuar del Estado moderno, es decir, de acuerdo con un diseño teórico, una *mathesis*, sin fundamento en las costumbres y tendencias naturales de los hombres. Según esas leyes, a los antiguos señores, convertido en nuevos ricos, se les obligaba, bajo la amenaza de la espada del soberano a hacerse responsables de los nuevos pobres, sus antiguos súbditos. A los pobres, bajo la misma amenaza, les quedaba prohibido abandonar los territorios de sus antiguos señores, a cambio de que estos últimos les proporcionaran, o bien trabajo, o un subsidio monetario que les permitiera vivir. Por decisión arbitraria del poder absoluto del soberano, se establecía que parte de las nuevas ganancias monetarias de los antiguos señores quedasen convertidas en una especie de fondo comunal monetario, para el sustento de los pobres. De este modo, creían recomponer y mantener el viejo orden social. Se comportaban como malos médicos, que recetaban sin conocer la enfermedad.

Lo peor de esta solución es que afrentaba sobre todo a la dignidad de los pobres, a los que de hecho les declaraba esclavos, pero también a los antiguos señores, a los que se les confirmaba que habían dejado de serlo. El ejercicio del poder absoluto, eliminaba los restos de una incipiente secularidad, de un ámbito de libertad política, de respeto a la dignidad de todos los hombres. A los antiguos señores, se les obligaba por la fuerza, a cumplir una función que antes realizaban liberalmente. A los antiguos súbditos se les dejaba a merced de unos señores, que no merecían ese nombre, y que último término no eran más que una prolongación de un poder

absoluto, cada vez más impersonal y lejano, y cuya principal preocupación era el logro individual de un excedente monetario.

Esta solución, negativa y represiva, sería bien acogida por todos aquellos inspirados en el pesimismo de los calvinistas, para los que la imposición a los pobres de la obligación universal de realizar un trabajo productivo, era obligarle a aceptar su condición de pecadores, asumir lo inevitable de ese castigo, al tiempo que se les mantenía ocupados, y se les alejaba de la depravación moral.

Este intento de los soberanos resultaría un estrepitoso fracaso. El antiguo orden social resultaba incompatible con un sistema de incremento continuo de la productividad, y de búsqueda individual de la ganancia monetaria. Pronto se desataría un alza imparable de de todos los precios, especialmente del grano, y del pan, que era esencial que se mantuvieran estables. En caso contrario, de nada servirían las “leyes de pobres”. Como llegaría a ser típico del poder absoluto, los soberanos reaccionarían promulgando nuevas leyes para impedirlo, que no se basaban en otra cosa que en su propio e ineficaz deseo. En poco tiempo establecerían una auténtica maraña de leyes y estatutos destinados a evitar, mediante graves amenazas de prisión, e incluso de muerte, a todos aquellos a los que se pudiera acusar de especulación, acaparamiento, o exportación de grano. Desconocedores de la complejidad del problema, los soberanos tomaban medidas contradictorias que no hacían más que poner trabas a lo que en el fondo no dejaban de ser naturales movimientos de ajuste y reacción. Carentes de autoridad, de conocimiento de la realidad, esas leyes eran pura arbitrariedad y violencia, no sólo no daban solución a los problemas, sino más bien impedían la solución.

Por otro lado, la pequeña parte de la aristocracia rural que se resistió a cambiar de modo tradicional de pensar y proceder, y con ellos, los grandes monasterios, a los que pronto se les calificaría de “manos muertas”, comprobarían que su situación era cada vez más insostenible. La creciente monetización de la deuda pública, y el consiguiente cambio de los precios relativos, hacía que los antiguos modos de producción fuesen cada vez más costosos e inviables, en un mundo donde cada vez era más generalizada la búsqueda individualista de la ganancia monetaria.

Ante la complejidad de los problemas sociales y políticos de esa época, se desató una gran ebullición de opiniones y propuestas, que de un modo u otro trataban de ayudar a los soberanos. Todas esas opiniones se pueden agrupar alrededor de dos grandes tendencias claramente enfrentadas. De un lado, la antigua aristocracia terrateniente, fiel a sus principios tradicionales, para quienes las causas de esos desajustes eran de tipo moral, el abandono de los viejos principios de organización señorial, a los que había que volver cuanto antes. De otro lado, la nueva aristocracia monetaria, que apoyaba abiertamente el poder absoluto de los soberanos, y defendía la búsqueda de la ganancia monetaria. En cualquier caso, ninguna de las dos corrientes podía tener una visión clara de las raíces del problema, y sus propuestas de solución no dejaban de ser declaraciones bienintencionadas. En el fondo, todos compartían el prejuicio tradicional sobre la inevitable torpeza ligada al comercio, y no podían negar que estaba destruyendo el orden social tradicional.

Moneda y “economía natural”.

También en el marco del comercio internacional, los soberanos, enfrentados con el problema de la estabilidad del valor de la moneda, se empeñaban en resolverlo empleando recursos tradicionales, pero fundados en el nuevo principio del poder absoluto. Estaban convencidos que tenían poder para fijar el valor de la moneda, como si se tratase de algo que dependiera de una voluntad discrecional. No se daban cuenta de que el valor de la moneda tenía que ver con la fijación de los precios, y estos últimos dependían de la estabilidad de la estructura institucional que hacía posible los intercambios en el seno de una comunidad.

Para algunos, conscientes de que ni les correspondía a los nuevos soberanos absolutos fijar el valor del dinero, ni podían efectivamente lograrlo, ya que entonces más que nunca dependía del comercio internacional, que se les escapaba de las manos, trataron de explicar que ese valor se fijaba de acuerdo con leyes naturales, en el sentido estoico, es decir de un modo muy parecido a las descubiertas por Newton.

Esa sería la postura de Thomas Mun (1571-1641). Consideraba que el comercio internacional no debía ser entendido como algo desordenado, una aventura esporádica, como podía ser una guerra, sino un sistema en armonía, donde había fuerzas que se contrapesaban y mantenían su equilibrio. Algo que funcionaría de modo parecido a una balanza, cuyo equilibrio no dependía de la voluntad del que pesaba, sino de la ley de la palanca. En el comercio, si un país compraba más de lo que vendía al extranjero, el sistema estaría en desequilibrio, y para restablecerlo era imprescindible una salida de oro del país, equivalente al valor de lo comprado. Si se impedía esa salida, el sistema persistiría en desequilibrio, habría un exceso de dinero, que sería corregido de modo natural a través de la devaluación de la propia moneda, que elevaría los precios, y de ese modo se reducirían las ventas al extranjero, y se restablecería el equilibrio. La recomendación de Mun era quitar toda traba a la continuidad del flujo circulatorio de las monedas, ya que el oro tendía a seguir el movimiento de las mercancías. Resistirse a las leyes de la economía natural de modo meramente voluntarista, como pretendían los nuevos soberanos, llevaría a la interrupción del comercio. El valor de la moneda, no lo fijaba la arbitrariedad del poder absoluto, sino que estaba regulado por un principio de “economía natural”, que se apoyaba en la oportunidad intercambio que apreciaban en cada momento los comerciantes.

Lo que Mun venía a decir es que el intercambio exige correspondencia, “toma y daca”, algo que sólo sería posible en el seno de una comunidad de naciones, que era evidente ni existía, ni parecía posible. Así era como se formaban los precios en la economía tradicional, donde la producción y el intercambio estaban fundados en la costumbre y la ley, las propias de una comunidad política, las que se apoyan en la práctica de la justicia. En el fondo, lo que quería hacer ver era que el comercio internacional sólo sería posible en el ámbito de la secularidad, el de la libertad y el respeto mutuo, o por lo menos, había que quitarle el aspecto guerrero de agresividad incivil, y arrancarlo de las manos de un poder absoluto e inmoral.

La idea de considerar el comercio como un mecanismo natural, movido por la búsqueda de la ganancia monetaria, expresaba muy bien el dilema de esa época. Por un lado era evidente la incapacidad del poder absoluto para fijar el precio de la moneda, por otro lado, el precio de la moneda no podía ser fijado de modo político por las pequeñas comunidades. La única aparente salida era suponer que el precio de la moneda estaba regulado por un sistema impersonal, fuera

del arbitrio del soberano, que de modo inexplicable, pero eficiente, parecido a como actuaban las fuerzas de Newton, coordinaba los intereses de comerciantes y banqueros.

El orden en el comercio, según Mun, surgiría de una libertad de tipo estoico. Concediendo libertad de iniciativa a los individuos para producir lo que les pareciese más oportuno, guiados por la búsqueda de una ganancia monetaria, se lograría de modo natural la armonía de todos los intereses en conflicto. Intentar mantener de modo artificial los criterios tradicionales de restricción y freno de la producción sólo serviría para crear mayor desorden. Era inútil controlar unas fuerzas que estaban más allá del poder de príncipes y soberanos. Al igual que Bacon, pensaba Mun, que los individuos sólo se debían guiarse por su interés particular, por su conocimiento útil y experimental, el único que les era accesible e inmediato.

¿Cómo podía surgir el valor de la moneda del interés privado de los banqueros y comerciantes?, ¿Cómo el conocimiento universal podía surgir de la parcialidad de un conocimiento meramente útil e inmediato? Para casi todos los hombres de aquellos tiempos el valor de la moneda era una especie de realidad objetiva, ligada a la expresión de la necesidad común, que de ningún modo podía ser establecido por algo tan parcial y limitado como los intereses de artesanos comerciantes. Por eso, pensando ingenuamente que el soberano absoluto seguía siendo una representación de lo establecido por la comunidad, mantenían que le correspondía a él determinar el valor de la moneda.

La propuesta de Mun les sonaba a escandalosa, ya que no sólo abogaba por la libertad de iniciativa de producción de comerciantes y artesanos, sino que los liberaba de la responsabilidad sobre el bienestar de todos. Daba por supuesto que persiguiendo cada uno sus propios intereses contribuían, sin proponérselo, al bienestar de la sociedad.

Para los partidarios de la propuesta de Mun era evidente que sólo el beneficio del comerciante impulsaba el comercio, y que ese era el único conocimiento fiable del que podían servirse. Negarles la posibilidad de proseguir la búsqueda de ese beneficio, en aras de una supuesta estabilidad y fijeza sustancial del valor de la moneda, llevaría a impedir el comercio, y a empeorar la situación del país. Estaban convencidos de que no podía haber contradicción entre lo privado y lo público, entre lo particular y lo común, pero no sabían como articularlo en términos políticos.

De lo que no parece que fuese muy consciente Mun es que su propuesta de libertad sin restricciones, era precisamente lo que ocurría en el plano de la lucha de intereses entre los soberanos. Era en búsqueda de sus intereses, y en nombre de una libertad sin restricciones, por lo que los soberanos trataban de manipular el valor de las monedas en ventaja propia. Luego, no se puede entender que lo que no funcionaba entre los soberanos, pudiese funcionar entre los banqueros y comerciantes. El mecanicismo, por sí sólo, no daba respuesta a los problemas morales y políticos.

Nuevos modos de integración social.

Ganancia monetaria, razón, y pasiones.

Desde hacía tiempo se buscaban argumentos que pudieran justificar como de la búsqueda individual de la ganancia monetaria, por parte de todos, impulsada en último término por las insaciables necesidades de financiación de un poder absoluto, podría surgir un nuevo modo de integración social.

Vamos a exponer dos modos diferentes de explicar como eso podría suceder. El primero, que podríamos calificar de origen racionalista o cartesiano, consideraba que el orden social surgía como resultado de la aplicación de una *mathesis*, de un diseño arquitectónico *a priori*. Algo para lo cual se requería el método adecuado. Haría falta depurar las apariencias, haciendo pasar la realidad por el filtro del lenguaje matemático, y detectar el fundamento último e inalterable de la realidad. Un método en el que se combinaban cartesianismo y epicureismo, y que fue propuesto por un grupo de personajes franceses del siglo XVIII, que a sí mismos se llamaban fisiócratas, y que podrían ser considerados los primeros que elaboraron una teoría económica en el sentido moderno del término, es decir, una explicación de la sociedad basada en el motivo de ganancia monetaria individual.

El segundo modo de explicación del orden social podría ser calificado de empirista o baconiano, y sería propuesto por el profesor de moral de la universidad de Glasgow, Adam Smith, en una línea de pensamiento muy parecida a la de Hume. El orden social no sería resultado de un conocimiento a prior, sino que se trataba de una realidad natural existente desde siempre, regulada por una dinámica espontánea de intereses que funcionaba por si sola, de modo natural.

Ambos intentos de explicación del orden social compartían la misma epistemología. Daban por supuesto una separación radical entre el ámbito externo de las cosas, sometida a su propia legalidad, y el ámbito interno de una sustancia pensante absolutamente desvinculada o situada en “ninguna parte”. Ambos trataban de proporcionar una explicación de cómo unos individuos, cerrados sobre sí mismos, sin apertura al bien, podían coordinarse en su pugna por apoderarse de los bienes externos, los únicos que eran capaces de reconocer, de modo que resultase un orden social.

Ambos trataban de demostrar que el nuevo fundamento del orden social, basado en la actitud de búsqueda de la ganancia monetaria por parte de todos, no sólo resolvería los problemas que aquejaban a la sociedad, en esos momentos, sino que llevarían a una multiplicación de la riqueza de las naciones, a una mayor abundancia de bienes externos. Un nuevo orden social que no requería de fundamento moral, de alguna concepción del bien, y era compatible por tanto con el poder absoluto del nuevo soberano.

Se trataba de propuestas ciertamente audaces, sus autores tenían que demostrar que la orientación de todos y cada uno a la ganancia monetaria, que para la mayoría de sus contemporáneos era la principal responsable del “problema de los pobres”, podría dar solución a ese mismo problema. Se trataba de convencer a un público hostil que la generalización del intercambio de mercado, y del uso generalizado de la moneda, de modo que todos viviesen

como comerciantes, podía dar lugar a un sistema de integración social, independiente de toda fe y autoridad, de toda concepción del bien.

Fisiocracia y “aritmética política”.

Como hemos tenido ocasión de ver, en la Francia del siglo XVIII, dentro de ciertos sectores intelectuales, especialmente entre los jansenistas, había arraigado la idea de que el orden social, considerado algo inexplicable y milagroso, era otra forma de revelación divina. Se pensaba, que con el fin de subsanar el desorden introducido por el pecado original, la divina providencia había establecido una especie de racionalidad oculta, que de modo inexorable, por encima de las intenciones humanas, lograba imponer el orden social más ventajoso para todos. De este modo quedaba asegurada la perpetua reproducción de los bienes necesarios para el bienestar de todos los hombres.

Pero, para que esa benéfica racionalidad oculta, pudiera manifestarse, se requería que el soberano individual, el rey de Francia, dejara de interferir con su poder absoluto y centralizado, y dejase a cada individuo perseguir sus objetivos más inmediato y accesible, los que les llevarían a la mayor felicidad posible en las circunstancias concretas de cada uno. Esta mayor libertad que se reclamaba no se opondría al poder absoluto del soberano, sino que más bien lo fortalecería, ya que pondría de manifiesto la perfecta coincidencia entre los intereses particulares y los universales.

Sólo con esta mayor libertad de decisión se crearían las condiciones para que se manifestaran las leyes ocultas, puestas por la providencia divina, que en último término gobernaban el orden social. Tampoco se trataba de una libertad política, no pretendía desarrollar la práctica del bien en el seno de un “ethos”, sino que cada individuo, guiado por sus apetitos, al modo epicúreo, llevase adelante aquella actividad que le proporcionase mayor placer y satisfacción. Sólo así, la perfecta armonía del todo social, las leyes que la regulaban, empezaría hacerse manifiestas, y cada uno podría ocupar el puesto que naturalmente le correspondía en el seno de la sociedad.

En la medida en que gradualmente se fuesen levantando todas las trabas que la costumbre o el poder habían puesto al enriquecimiento individual, a la búsqueda del propio placer, se irían desvelando las leyes que gobernaban el mejor orden social posible, donde mayor sería la riqueza, y más plena la felicidad de todos. No se trataba por tanto de una propuesta revolucionaria. No se proponía romper de modo violento con las viejas costumbres y estatutos, sino proceder con método, y de modo gradual. Sólo así sería posible descubrir y elaborar una nueva ciencia moral, indispensable para el establecimiento del nuevo y definitivo orden social. Algo sujeto a unas nuevas leyes morales, que se distinguirían de las antiguas por ser científicas, similares a las que la nueva física había descubierto regulaban a los cuerpos inanimados. Leyes susceptibles por tanto de expresión matemática. Universales, a priori, e inalterables.

Esa nueva ciencia moral, que los fisiócratas llamaban economía, vendría a ser una versión racionalista de la “economía natural” de los antiguos. Una verdadera técnica para la construcción de una sociedad bien ordenada, donde se obtendría la máxima riqueza posible, y se alcanzaría el mayor gozo posible de todos sus habitantes. Como la etimología de la palabra fisiocracia pone de manifiesto, todo debía gobernarse por el principio de esta nueva economía

natural científica, una sabiduría divina benevolente, que había decretado la posibilidad de un estado de bienestar sobre la tierra.

Para el logro de este objetivo de bienestar social era necesario que de modo simultáneo se impulsase el progreso de las ciencias de la naturaleza, y se desarrollase un derecho natural utilitarista. Sólo así sería posible establecer de modo riguroso e indiscutible políticas eficientes en el logro de ese objetivo. Se trataba por tanto de sustituir el gobierno arbitrario del poder absoluto de un soberano ignorante, por el gobierno tecnocrático de un poder impersonal y científico, que no por ello dejaría de ser absoluto, sino más bien todo lo contrario.

En la búsqueda de actividades que proporcionase el mayor gozo posible, con el mínimo coste, los fisiócratas propugnaron, por ejemplo, que bueyes y caballos sustituyeran a los hombres en las tareas más penosas relacionadas con el cultivo de la tierra. Un tipo de medida que dejaba claro que no se trataba de una economía ascética y puritana, para la que el trabajo debía aceptarse como un castigo merecido, sino que apuntaba más bien a la plenitud del goce en esta vida.

Por otro lado, y de modo que dejaba bien patente el carácter conservador de la propuesta, se consideraba imprescindible el respeto a la estructura de la propiedad consuetudinaria de la tierra. Pero entendida en el sentido individualista, en el que se había fundado el plan de “cerramiento” de las tierras, el orientado a la ganancia monetaria. Sólo respetando este sentido de la propiedad sería posible la libertad de iniciativa, y el fomento de la competencia.

Los fisiócratas propugnaban la imposición de los ideales burgueses de enriquecimiento individual, actividad placentera y gozosa, abundancia de medios de subsistencia, cultivo de la educación, y en general de todo lo que llevase a una vida dulce y refinada. Un programa muy ambicioso, que llevado a cabo de modo gradual, y con método, produciría un cambio radical en el orden social hasta entonces imperante. Un programa ilustrado y moderno que se llevaría a cabo mediante la educación, y el manejo de la opinión pública.

Para hacer más comprensible el programa social que propugnaban, la figura más representativa de los fisiócratas, F Quesnay (1694-1774), expuso los objetivos y posibilidades de la nueva ciencia moral mediante una “formula aritmética”, que llamaba la “tabla económica”, mediante la cual, y a partir de unas cifras figuradas o aproximadas de lo que podía ser la realidad, que eran desconocidas, pretendía hacer una simulación aritmética de cuales podrían ser las leyes que regulaban los flujos de riquezas, entre las tres grandes clases sociales que constituían el cuerpo político de la Francia de su tiempo. Algo que vendría a ser como un primer esbozo de cómo funcionaría la *mathesis* a la que debería ajustarse la producción y distribución de las riquezas en el seno de una sociedad bien ordenada. La “tabla” debería ser la base para la elaboración de una “aritmética política”, que con el tiempo, con la mejora creciente de la contabilidad social, permitiría un cálculo cada vez más exacto y riguroso de los efectos sociales de las distintas decisiones políticas. A título de ejemplo, Quesnay trató de determinar el importe exacto de los impuestos que el soberano podría exigir a cada actividad productiva, sin disminuir el bienestar de todos.

Este modo de pensar se correspondía con la visión predominante en la aristocracia ilustrada de la Francia del siglo XVIII. Se partía del antiguo prejuicio de que la fuente de riqueza de la nación era la agricultura, donde brotaba el “grano”, alimento básico de la población. Sólo la tierra podía ser productiva, su fertilidad, un don de la naturaleza, era la fuente última de toda la riqueza. Les parecía un “hecho” evidente que el campesino producía más grano del que necesitaba para mantenerse, en otras palabras, que daba lugar a un “excedente neto”, que permitía alimentar a las otras clases sociales.

Mediante la propiedad, el contrato, y la moneda, fundamentos del comercio, ese excedente pasaba de los campesinos a la aristocracia propietaria de las tierras, y de estos a los artesanos. Se desencadenaba así un entramado de flujos de ingresos y gastos entre las diversas clases sociales, una especie de sistema circulatorio, que alimentaba a todo el cuerpo de la nación, y le daba vida y vigor. Conviene señalar que Quesnay era cirujano sangrador, por lo que no tiene nada de extraño que pensara que la salud y la fortaleza de la economía nacional, de modo parecido a lo que sucedía en el cuerpo humano, dependía de que no hubiese trabas a la circulación de la riqueza.

Si la riqueza de Francia dependía del volumen de la producción agrícola, lo que Quesnay había pretendido, mediante la elaboración de la “tabla”, era poner de manifiesto cuales serían las medidas políticas correctas, establecidas de modo científico, destinadas a aumentar al máximo posible esa producción. En este sentido, consideraba imprescindible invertir en mejoras técnicas, destinadas a aumentar el rendimiento de las tierras, así como llevar adelante la construcción de nuevos caminos, canales, y puentes, que facilitasen un transporte rápido y barato del grano a los puntos más distantes de Francia donde fuera necesario. Pero esa inversión sólo se llevaría a cabo si se procedía a eliminar la multitud de trabas que, debido a prejuicios y costumbres inmemoriales, se oponían a la libertad del comercio del grano, e impedían su cultivo con vistas al logro de una ganancia monetaria. El objetivo principal de la “tabla” era provocar un cambio de mentalidad, dejar claro que sólo si se permitiera el cultivo del grano, con vista a la ganancia monetaria, sería posible recuperar la inversión que permitiese a Francia salir de la penuria y escasez de trigo, y por tanto de la pobreza generalizada.

Los fisiócratas se propusieron llevar a cabo una intensa campaña de promoción de sus ideas, y para eso elaboraron multitud de folletos que se preocupaban de difundir entre la clase dirigente francesa. Con esas publicaciones trataban de dar a conocer una especie de evidencia científica de la relación directa entre el aumento del precio del grano, provocado por la libertad de su comercio, y el aumento de la cantidad total de grano que se podría producir en las tierras de Francia. Un modo de convencer a los ministros del Rey, de la necesidad de abandonar los principios de una agricultura de subsistencia, que no hacía uso del dinero, sino de la tradición, la costumbre, y las instituciones, para abrir camino a una agricultura basada en la libertad de precio del grano, en el logro de la ganancia monetaria, por parte de los propietarios de esas tierras.

Para la mentalidad tradicional el grano era considerado un bien de subsistencia, que debía mantenerse fuera del mercado monetario. Su cultivo estaba organizado con vistas a la unidad e integración de cada pequeña comunidad. Por contraste, los fisiócratas sostenían que mientras persistiese esa mentalidad, ese modo de organizar la agricultura, no sería posible alcanzar un

volumen de producción que permitiera salir de la penuria tan patente para todos, y de la que todos se quejaban. El modo tradicional de entender la organización de la agricultura no estaba orientado a la totalidad de la nación, sino a la subsistencia de cada una de las pequeñas comunidades, que vivían para sí mismas. En su seno las cosas se hacían de modo consuetudinario, el que hasta entonces les había permitido vivir, ¿por qué deberían ahora arriesgarse y adoptar un modo de producción que solo se basaba en abstracciones, tales como el concepto mercado nacional, o dinero universal, que no eran fácilmente comprensibles para la mayoría de las gentes? Los fisiócratas argumentaban que esas actitudes eran consecuencia de pereza mental para ver que no siempre había sabiduría detrás de los modos tradicionales de proceder. Había que convencer a todos que el grano era una mercancía como otra cualquiera. No se trataba de un don gratuito, de un regalo de la naturaleza, que debía quedar fuera del comercio. Si no se conseguía ese objetivo, cada vez sería mayor el empobrecimiento y la debilidad del poder de Francia.

En un régimen de libertad de comercio del grano, su precio no estaría gobernado por el lado de la necesidad, o subsistencia de una pequeña comunidad, sino por el “precio adecuado”, el establecido por las condiciones de competencia más amplias posibles, es decir, por el deseo de placer de todos los que en el seno de Francia lo producen y lo consumen. Un precio que vendría fijado por una “ley natural”, aquella que reportase mayor ventaja a todos. Se pondría entonces de manifiesto que no era un don de la naturaleza, sino una mercancía cuya producción incluía un coste de inversión, con vistas a mejorar el rendimiento de la tierra, o a facilitar su traslado a los lugares donde fuese más demandado. Una inversión que nunca se llevaría a cabo mientras se negara la posibilidad de recuperar su coste. Sólo dando a conocer esta “ley natural” que rige la producción social del trigo, objeto central de la nueva ciencia moral de la economía, sería posible calcular el “precio adecuado” del grano, y tomar las medidas políticas acertada para fomentar el aumento de la producción, y paliar la escasez de los pobres, unos de los problemas importantes de la Francia de aquel tiempo.

Sólo persistiendo en esta línea sería posible llegar a la implantación de una nueva política agraria, llevada a delante por el poder centralizado y absoluto del soberano, pero fundada en el reconocimiento de que el agricultor, el dueño de las tierras, como todo comerciante, debía guiarse por la búsqueda de la ganancia monetaria. Lo cual solo sería posible si se declaraba previamente la libertad de comercio del grano. Mientras no se dieran condiciones de competencia no se pondría de manifiesto la ley natural económica, aquella que llevaría de modo gradual a una situación de orden, riqueza, y libertad, de toda Francia.

Por primera vez la economía se presentaba como ciencia, basada en el cálculo aritmético de precios. Pero eso no sería posible mientras no se quitasen todas las restricciones existentes a que los individuos se pudiesen guiar por la búsqueda del placer. Sólo entonces se podrían medir los costes de producción, y las demandas reales, y todo se empezaría a dar cuenta de cómo funcionaba las leyes del orden natural de las riquezas. En poco tiempo sería de dominio común establecer con todo rigor y exactitud los encadenamientos causales existentes entre todas las decisiones productivas, y el modo en que afectan a los flujos de ingresos y gastos que circulan dentro del cuerpo social de la nación. En ese marco, cada agricultor aprendería pronto a manejarse frente el azar, y sus beneficios no serían resultados de los caprichos de la Fortuna, sino de un cálculo riguroso.

En nada se oponía este nuevo enfoque al poder absoluto del soberano, ya que el buen funcionamiento del cálculo exigía se centralizase la observación y colección de datos sobre los flujos de producción, y la relación entre ellos, de modo que la “tabla” económica fuese más fiable, más ajustada a la realidad de las cosas. La política que propugnaban los fisiócratas, de modo parecido a la ciencia de Descartes, presuponía la elaboración de una *mathesis universales*, un método y una disciplina que llevase de modo inexorable al conocimiento cada vez más seguro de las leyes naturales del orden social. El supuesto liberalismo de los fisiócratas, encerrado en su lema *laissez faire, laissez passer*, era más bien un elogio a la eficiencia inexorable de las leyes deterministas de la naturaleza, en nada incompatible con el mantenimiento de un absoluto poder político en manos del rey de Francia, que seguiría siendo una “rey Sol”.

Interés propio y “división del trabajo”.

La propuesta de Adam Smith (1723-1790) de cómo podría surgir el orden social, cuando todos persiguen la ganancia monetaria, no se fundamentaba en la búsqueda del amor propio, del gozo de cada uno, como habían propuesto los fisiócratas, sino en la búsqueda del propio interés, que era algo distinto. Por lo pronto no estaba ligado a la prosecución del gozo o placer, sino al logro de la eficiencia en la actividad que se llevase a cabo. Por eso, la propuesta de Smith se basaba en la aplicación del principio de la “división del trabajo”, del uso eficiente de la labor, que daría lugar al nuevo orden social.

Mientras para los epicúreos cristianos, como Mandeville o Nicole, solo el gozo podía ser el motivo de la conducta del individuo. Para un estoico teísta como Smith, el motivo de la conducta del individuo tenía que ser el propio interés, lo cual quería decir actuar según razón, conforme a naturaleza, o según eficiencia, que par él era lo mismo. Mientras la búsqueda del gozo era por definición algo variable, ambiguo, y conflictivo, que hacía difícil el logro del orden social, donde se pretendía que todos se sintiesen a gusto, la prosecución del interés propio, entendido como cumplimiento del deber que le ha correspondido a cada uno, del modo más eficiente, conducía de modo inexorable a la armonía del todo social.

El interés propio era un enfoque que Smith juzgaba superior al amor propio, ya que no sólo lo incluía, sino que lo hacía compatible con la compasión o simpatía por el otro. Suponía que cada uno, mediante la imaginación, podía ponerse en el lugar de los otros, y experimentar una emoción como la que en el teatro el actor provoca sobre el espectador. De este modo, a través de los sentimientos, Smith, como Hume, pretendía establecer una nueva moral orientada no al bien común, sino al bienestar de todos, entendido como una situación de mayor compatibilidad de los intereses de todos. Una moral donde todos se moverían con vistas a la admiración propia, reflejada en la de los demás. La sociabilidad surgiría de un mecanismo moral basado en las pasiones y los intereses, donde estos últimos pasarían a desempeñar el papel de las virtudes clásicas.

El origen de la sociabilidad no podía residir en el amor propio, como pensaban los fisiócratas, que cerraba al individuo sobre sí mismo, sino en el agradable sentimiento de ser admirado por los demás, una disposición a la vanidad que permitía socializar el amor propio. Era este sentimiento vanidoso el que empujaba a todos, de modo inconsciente, a la armonía

universal que gobernaría de modo oculto, tanto el orden social, como el de resto del universo. Vistas así las cosas, los bienes externos no se buscarían tanto para satisfacer las propias necesidades, como para obtener el respeto, el crédito, el rango, y la admiración de los demás.

El orden social, para Smith, como para Hume, no era una comunidad política destinada a la práctica del bien, como pretendía la secularidad, sino un sistema orientado a la práctica de intercambios de mercado, con un nuevo tipo de virtudes, como la admiración pública, el prestigio social, o disponer de capacidad de crédito, todas ellas fundadas en la búsqueda del propio interés.

Este modo de explicar el orden de la naturaleza no requería de la intervención de la “sabiduría de Dios”, como sucedía en las explicaciones de Descartes, y de los fisiócratas, sino que era consecuencia de la “sabiduría de la naturaleza”. Aunque Smith no negaba que fuese compatible con suponer disposición divina que la base y fundamento de la sociedad surgiera de la prosecución del propio interés. Pero, en ambos casos, se negaba la capacidad de la razón humana para en el seno de un “ethos”, de una comunidad de hombres libres, buscar por sí misma el bien común posible.

El principio de perfecta armonía entre el todo y las partes, que gobernaba tanto el universo, como la sociedad, sólo sería accesible a la visión de Dios. A los hombres sólo les sería dado observar una *heterogénesis* de fines, debajo de la cual actuaría una sabiduría natural, que sin contar con la intención, y la consciencia de los hombres, aseguraba el logro del orden y la armonía. Algo que Smith llamaba “mano invisible”, o poder de la sabiduría natural para mover las cosas visibles a través de las invisibles. Una sabiduría que, en ningún caso, tenía que ver con un Dios trascendente, una causa final, que actuaría a través de causas segundas, sino más bien se trataba del *Logos* estoico, una divinidad que desde dentro del mundo, actuaba de modo inmediato, y era causa eficiente del orden de la inmensa fábrica del universo, y de la entera sociedad humana.

De modo que cada individuo, persiguiendo su propio interés de manera intuitiva, y sin ningún tipo de cálculo riguroso, contribuía, sin pretenderlo, al establecimiento de un orden no diseñado por los hombres, ni por Dios, y que llevaría a un bienestar creciente para todos. Algo así como una especie de astuto soberano maquiavélico, que de modo oculto entretejería los beneficios a largo plazo con los intereses a corto, jugando con las confusiones individuales. Un soberano que, por ser oculto, sería radicalmente absoluto y despótico. Un tirano benévolo que no cesaría de manipular la marcha de la historia, conduciendo a las naciones desde sus orígenes, cuando la vida era ruda, solitaria, y pobre, hasta la situación presente, cuando la vida era delicada, civilizada, y rica.

La propuesta de los fisiócratas era para Smith poco realista. No entendía como se podía defender que el orden social sería resultado de la aplicación de un diseño que la razón humana llegaría a conocer con toda perfección, y podría expresar entonces de modo matemático y definitivo. Además, no dejaba de ser una ingenuidad mayúscula esperar del poder absoluto del rey que concediese la libertad imprescindible para que se manifestara el orden natural de las cosas. ¿Cómo podían afirmar los fisiócratas que esas condiciones eran las adecuadas para

conocer con rigor y exactitud las supuestas leyes naturales del orden social, si nunca las habían podido observar?

Para Smith el orden social estaba gobernado por leyes naturales, pero ese orden era resultado de un proceso tan extremadamente complejo que excedía las posibilidades del entendimiento humano. De ningún modo las leyes que gobernaban ese proceso podían quedar encerradas en simples fórmulas geométricas o algebraicas. Eran leyes evolutivas, más allá de la ausencia de tiempo que exige la matemática. No parecía sensato esperar a que algún día se llegaran a conocer con toda exactitud las “tablas” que explicasen el sistema de relaciones y flujos de un orden social definitivo e inalterable, como propugnaba Quesnay.

En opinión de Smith, el orden social siempre estaba en marcha, impulsado por la incesante acción de la “mano invisible”. Desde siempre, cada individuo, en su situación concreta, había tratado de conectar sus fines posibles, con los medios de que disponía, y hacerlo del modo más eficiente posible, o de acuerdo al principio de “economía natural”. De este modo, tratando de mejorar su situación, y persiguiendo su propio interés, cada uno no habría dejado nunca de contribuir, sin pretenderlo, al bienestar de toda la nación. Lo importante era quitar las barreras y prejuicios que desde siempre habían impedido que todos se comporten de ese modo.

Smith, en contra de la postura aristocrática de los fisiócratas, sostenía que la fuente de la riqueza de una nación no era la agricultura, basada en la propiedad de la tierra, que estaba en manos de la nobleza, sino la labor, el fruto natural del cuerpo humano, que consideraba la propiedad básica y prepolítica de cada individuo.

La propuesta de los fisiócratas se basaba en la agricultura, en la producción del grano, de modo que el uso de la tierra se regulase por la aparición de un excedente, por el placer que proporcionaba a sus propietarios. Por el contrario, la propuesta de Smith se basaba en el uso de la labor, con vistas a su eficiencia, ya fuese empleada en la agricultura, o en la artesanía. Lo importante era lograr que en todas las tareas productivas se diese la mejor adecuación de los medios a fines. Una mejora impulsada por la aparición de un “excedente” de los procesos más eficientes, en relación a los menos, una especie de premio que la naturaleza otorgaría a la conducta más eficiente, y por tanto virtuosa, o conforme a razón.

No había que dejarse engañar, la riqueza de una nación no provenía del simple aumento de las cosechas de grano, de la extensión de la cantidad de tierras dedicadas a su cultivo, ni la mejora del rendimiento de la tierra, como propugnaban los fisiócratas, sino de la extensión de la “división del trabajo”, es decir, del uso cada vez más eficiente de la labor disponible en cada momento. Esta era la conclusión a la que Smith había llegado observando lo ocurrido en la Inglaterra de su tiempo, donde el aumento de las riquezas había sido impulsado por el aumento de la productividad de los procesos artesanales. Algo que trató de explicar mediante su famoso ejemplo de lo que había ocurrido en los modos de fabricar alfileres. Mediante la división del proceso total en los pasos más simples posibles, se había hecho posible que pudieran ser ejecutados por un solo individuo, sin preparación artesanal alguna, con mayor velocidad en la ejecución. Como resultado se había generado un fuerte incremento en la producción de alfileres por persona empleada. De este modo, los que aplicaban este procedimiento obtenían un excedente, en relación a los que seguían fabricando el alfiler del modo tradicional.

A medida que en una nación se fuese extendiendo el proceso de “división del trabajo”, un uso cada vez más eficiente de la labor, el precio de todas las mercancías iría descendiendo hasta aproximarse a lo que Smith llamaba su “precio natural”, el que usaba el mínimo posible de labor en cada proceso. Un precio que sería algo así como el correspondiente al “precio adecuado” de los fisiócratas, solo que compatible con el precio de mercado, el resultante de un uso no totalmente eficiente de la labor.

Las divergencias entre el “precio natural”, y el “precio de mercado”, serían consecuencia de intervenciones políticas, en forma de privilegios, estatutos, edictos, y monopolios, que impedían que los modos de producir se ajustasen a los principios de la “economía natural”. En la medida en que se fuesen eliminando esas trabas, el “precio de mercado” tendería de modo inevitable a su “precio natural”. Por otro lado, esas divergencias eran la fuente de ventaja que animaba a todos a llevar adelante la “división del trabajo”, y el modo de ir reduciendo todos los precios.

Para los fisiócratas el aumento de la riqueza, de las cosechas de grano, pasaba por mejorar el rendimiento de la tierra, para lo cual era necesario invertir en mejoras técnicas y en infraestructuras. Para lo cual era imprescindible que previamente se decretase la libertad de comercio de grano. Para Smith, el aumento de la riqueza, incremento en la eficiencia del uso de la labor, pasaba por impulsar la “división del trabajo”, para lo cual era necesario invertir en la mejora de los procesos artesanales. No hacía falta por tanto esperar a que se impusiera la libertad de comercio y el uso del dinero. Bastaría con el mismo descenso de los precios, provocados por ese aumento de producción, y la consecuente ganancia monetaria, para que todos se empeñaran en buscar la ampliación de sus mercados, por encima y más allá de lo que estableciesen estatutos y reglamentos.

La riqueza de una nación, y menos en el caso de Inglaterra, no podía basarse sólo en la agricultura. Tanto la cantidad de tierra disponible, como las posibilidades de aumentar su extensión, y su rendimiento, eran muy limitadas. Por el contrario, la división del trabajo no dependía de la cantidad de tierra disponible, sino de la cantidad de dinero disponible, que en principio, pensaba Smith, se podía aumentar tanto como se quisiera.

Para Smith, siguiendo a Locke, el valor de las cosas dependía de su coste, de la cantidad de la labor incorporada, o empleada en producirlas. La división del trabajo, al exigir menos labor por unidad producida, abarataría el precio las cosas, y vendidas al precio de mercado, darían lugar a un excedente monetario. Este, según Smith, sería debido al ahorro en el uso más eficiente de labor empleada. Algo, que contra el viejo prejuicio, pretendía hacer ver que la ganancia en el comercio no procedía de un cierto engaño, sino de un uso más racional o eficiente de la labor.

El excedente monetario provocado por la división del trabajo, existiría para los primeros en aplicarla. Pero, poco a poco, atraídos por la ganancia, todos los competidores acabarían por aplicarla, con lo que la competencia haría bajar el precio de mercado, se disminuir la ganancia obtenida, y se facilitaría la extensión del mercado.

De todas maneras, como luego veremos, no había tanta diferencia entre los fisiócratas y Smith, ya que para ambos la labor era fruto natural del cuerpo, e indirectamente de la fertilidad de la tierra, de donde brotaba el grano, que alimentaba al cuerpo, de donde a su vez brotaba la labor. Todos seguían pensando que la moneda era un objeto, una cosa, con valor por sí mismo, la labor incorporada en su producción, que nada tenía que ver con la estructura institucional de las relaciones que se daban en el seno de una comunidad política.

Para Smith, la ventaja más importante de la aplicación de la “división de la labor” era que fomentaba la cohesión entre ricos y pobres. Mediante una supuesta igualdad contractual, el deseo común de ganancia monetaria, y no el sometimiento jerárquico de una clase a la otra, se lograba un nuevo orden social. No cesaba de requerir un aumento continuado de puestos de trabajos, lo que permitía a los pobres conseguir salarios, a cambio de su labor, única propiedad de la que disponían. Por otro lado, tampoco cesaba de requerir fondos monetarios con los que adelantar los salarios, comprar las materias primas, y situar los productos en el mercado. Unos fondos que los ricos estarían dispuestos a invertir, ya que los recuperaban con creces. Se generaba por tanto una convergencia entre los intereses de ricos y pobres, que llevaba a una solución de integración social, por lo menos mejor que la que se podía conseguir a través de las “leyes de pobres”, que mantenía a los pobres sin trabajar, y obligaba a los ricos a mantenerlos a costas de sus ganancias.

La propuesta de Smith exigía dejar atrás el modelo de economías cerradas de las pequeñas comunidades autosuficientes, y mucho menos mantenerlas de modo artificioso como pretendían las “leyes de pobres”, y las “leyes de grano”. Se requería de un nuevo tipo de economía de ámbito nacional en la que todos vivieran como comerciantes, para lo cual era imprescindible que todos dispusiesen de algo para vender en el mercado, que todos fuesen propietarios, por lo menos de su cuerpo, y por tanto de su labor, mercancía natural de la que en principio dispone todo individuo. A favor de su tesis señalaba Smith que bastaba con observar la conducta de los ricos comerciantes de Londres, y el resultado de abundancia patente para todos.

La búsqueda de la ganancia que se seguía de la “división del trabajo”, llevaría a los ricos a establecer una competencia entre ellos, impulsando la división del trabajo en todo tipo de manufacturas, bajando los precios de todas las mercancías, empleando más manos de obra, extendiendo los mercados, y generando en definitiva un resultado de mejora para todos.

Smith estaba convencido de que este mecanismo de la “mano invisible” había existido siempre en toda sociedad a lo largo de la historia, desde los tiempos más remotos, cuando la vida había sido ruda, primitiva, y pobre, hasta su propia época, cuando Inglaterra se había convertido en una de las naciones más poderosa de Europa.

Mientras la tierra había sido libre y abundante, los individuos habían vivido casi aislados, y conseguían casi todo de la naturaleza, a cambio de la labor de su propio cuerpo. En esa situación, el precio de las cosas vendría a coincidir estrictamente con la labor incorporada a los frutos tomados de la naturaleza. Pero, con el transcurso del tiempo, cuando había dejado de existir tierras libres, y el comercio y la artesanía se habían extendido, el precio de las cosas no

coincidía con la cantidad de labor incorporada, sino que una parte tenía que ver con el capital acumulado, responsable de la capacidad productiva de la labor.

En otras palabras, mientras no hubo propiedad, el trabajo había estado retribuido con la totalidad de su producto, pero con la aparición de la propiedad y la acumulación, el trabajo dejaría de estar retribuido por la totalidad de su producto, ya que había que destinar una parte a retribuir a la propiedad y el capital. Esto planteaba un serio problema. Se oponía a la idea defendida por Smith de que el fundamento de la propiedad y el valor era la labor.

Por un lado, al obrero se le retribuía según el principio de mercado, donde por principio no podía haber aumento de valor, mientras que al capitalista se le retribuía según el principio de división del trabajo, donde si había aumento de valor debido al mejor uso de la labor. Había por tanto una simetría retributiva que podía interpretarse como resultante de que el capitalista no compraba propiamente la labor, un producto acabado, sino el derecho a usar la labor, lo cual desde luego no podía considerarse una mercancía. No parecía que se pudiera seguir manteniendo que la labor, supuesto fruto natural y homogéneo del cuerpo humano, fuese una mercancía, separable del individuo, que pudiera ser comprada y vendida en el mercado.

De hecho Smith, sin decirlo, estaba empleando dos teorías incompatibles del valor. Por un lado, probablemente sin ser consciente, afirmaba que el valor surgía de la ventaja relativa provocada por la división del trabajo. Por otro lado, que la única fuente del valor era la labor. Un dualismo que le impedía dar una explicación satisfactoria de porque había que asignar el excedente a los capitalistas. La única justificación que se le ocurrió fue de carácter funcional. Si los capitalistas no obtenían ninguna ventaja de la división de la labor, tampoco sería posible el empleo de los pobres, ni un mayor bienestar colectivo para todos. Como luego veremos esta misma justificación funcional sería invocada por los primeros socialistas, para reclamar la supresión de la propiedad de los medios de producción.

Por otro lado, si la división del trabajo creaba valor mediante la reducción de la cantidad de labor empleada en la producción de cada unidad de mercancía, necesariamente tendría que existir un límite a esa reducción, pues en caso contrario llegaría un momento en que se producirían cosas sin labor, o sea sin coste, lo cual es un absurdo. Luego, más tarde o más temprano, se alcanzaría un estado estacionario, donde no sería posible mayor división de la labor, los precios, los salarios y las ganancias serían mínimos, lo indispensable para que el sistema no dejase de funcionar.

Si se aseguraba que era el deseo de ganancia por parte de los propietarios de los fondos de dinero, lo que impulsaba a un crecimiento continuo de la división de la labor, y al mismo tiempo eso llevaría a un estado estacionario, con ganancia mínima, no se entiende que llevaran adelante una continua inversión de sus ganancias. Más le valdría ponerse de acuerdo para mantener la desigualdad en la división del trabajo. Era más seguro, como sugirieron los socialistas, encargar a un poder central esa tarea de la continua reinversión de los excedentes obtenidos a partir de la división de la labor. De tal modo que sociedad, economía, y poder político serían la misma cosa.

Una última dificultad, y no la menos despreciable era que según reconocía el mismo Smith, el proceso de la división del trabajo obligaba al aislamiento del obrero, que quedaba encerrado en una tarea simple y repetitiva, a la cual dedicaría una jornada laboral cada vez más larga, y con la exigencia de la mayor velocidad y ritmo posible, algo inhumano y embrutecedor. Algo por otro lado inevitable, ya que de acuerdo con el principio de “economía natural”, el éxito de la división de trabajo consistía en producir la mayor cantidad posible con el número mínimo de obreros, lo cual sólo se podría conseguir con mayor duración del trabajo, y mayor velocidad de ejecución de la tarea. Se hacía así patente una contradicción entre el principio de la “economía natural” y el bienestar humano. Lo cual desmentía el supuesto de partida, de que la práctica entendida como simple eficiencia en las actividades externas de los hombres no afectaba a su modo de ser.

Es probable que el empeño de Smith por mantener la labor como mercancía, fruto natural del cuerpo, fuente de la propiedad y del valor, tuviese que ver con sus deseos de colocar a la economía en el plano de la naturaleza. Para de este modo ponerla fuera de las manos de un poder absoluto cada vez más controlador de todos los aspectos de la vida humana.

Bibliografía

Appleby, Joyce O. *Economic Thought and Ideology in Seventeenth Century England*. Princeton: Princeton University Press; 1978.

Calderón Cuadrado, Reyes. *Armonía de intereses y modernidad. Radicales del pensamiento económico*. Madrid: Civitas; 1997.

Carande, Ramón. *Carlos V y sus banqueros*. Barcelona: Crítica; 1990.

Cavanaugh, William T. "A Fire Strong enough to Consume the House:" *The Wars of Religion and the Rise of the State*. *Modern Theology*. 1995; 11(4):397-420.

---. *Killing for the telephone Company: Why the nation state is not the keeper of the common good*. *Modern Theology*. 2004; 20(2):243-274.

Dawson, Christopher. *La religión y el origen de la cultura occidental*. Madrid: Ediciones Encuentro; 1995.

Faccarello, Gilbert. *Studies in the history of French political economy: from Bodin to Walras*. London: Routledge; 1998.

Force, Pierre. *Self Interest before Adam Smith. A Genealogy of Economic Science*. Cambridge: Cambridge University Press; 2003.

Hall, John A, Ikenberry, G. John. *El Estado*. Madrid: Alianza Editorial; 1993.

Hirschman, Albert O. *The Passions and the Interests. Political Arguments for Capitalism before its Triumph*. Princeton University Press; 1977.

Hont, Istvan. *Jealousy of Trade. International Competition and the Nation-State in Historical Perspective*. Cambridge MA: The Belknap Press. Harvard University Press; 2005.

Hont, Istvan. Ignatieff, Michael. *Wealth and Virtue: the Shaping of Political Economy in the Scottish Enlightenment*. Cambridge: Cambridge University Press; 1983.

Larrere, Catherine. *L'invention de l'économie au XVIIIe siècle: du droit naturel a la physiocracie*. Paris: Press Universitaire de France; 1992.

Martínez-Echevarría y Ortega, Miguel Alfonso. *Evolución del Pensamiento Económico*. Madrid: Espasa-Calpe; 1983.

Myers, Milton L. *The Soul of Modern Economic Man: Ideas of Self-interest. Thomas Hobbes to Adam Smith*. Chicago: Chicago University Press; 1983.

Pocock, John. Greville, Agard. *Virtue, commerce and history: essays on political thought and history, chiefly in the eighteenth century*. Cambridge University Press; 1986.

Polanyi, Karl. *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. Mexico: FCE; 1992.

Quesnay, Francois. *"Le tableau économique" y otros estudios económicos*. Madrid: Ediciones de la Revista de Trabajo; 1974.

Smith, Adam. *Lecciones de Jurisprudencia*. Madrid, BOE ; 1996.

---. *Teoría de los sentimientos morales*. Madrid: Alianza Editorial; 1997.

---. *The Wealth of Nations*. London: Penguin Books; 1997.

Rothkrug, L. *Opposition to Louis XIV, the political and social origin of French Enlightenment*. Princeton: Princeton University Press; 1965.

Rothschild, Emma. *Economic Sentiments: Adam Smith, Condorcet and the Enlightenment*. Cambridge: Harvard University Press; 2001.

Thompson E. P. *Costumbres en Común*. Barcelona. Crítica, 1995.

Vázquez de Prada, Valentín. *Historia económica mundial*. Pamplona, Eunsa, 1999.